



DOS CUENTOS DE CARMEN LAFORET

❧ Ana L. Baquero Escudero ❧

En 1964 Mariano Baquero Goyanes por encargo de la famosa editorial Labor, publicaba una completa y valiosa *Antología de cuentos contemporáneos*, en la que recogía cuentos de escritores de todas las lenguas y países. En la misma y como era indudable, no podía faltar el nombre de una de las más reveladoras promesas de la narrativa española de mitad de siglo: Carmen Laforet. Conocida fundamentalmente como novelista –y su nombre aparecerá casi siempre asociado al de uno de los títulos novelescos más emblemáticos de la literatura del XX como *Nada*–, destacó también tempranamente como experta y buena cultivadora del cuento. No uno sino dos de ella seleccionaría Baquero Goyanes en su mencionada antología, de manera que en la misma Laforet aparece incluida en la nómina de los mejores representantes del género en las letras contemporáneas. En ellos me detendré en mi modesta colaboración en este monográfico dedicado a la gran escritora, siendo mi deseo fundamental que la misma aparezca como un doble homenaje hacia ella: el de mi padre y el mío propio.

101

“Al colegio (Estampa)” y “Rosamunda” son dos breves relatos que han sido recogidos en diversas ocasiones en obras de Laforet, pues figuraban ya en *La muerta* de 1953, *Mis páginas mejores*, de 1956, en sus *Obras completas* de 1957, y en *La niña y otros relatos* de 1970. Los mismos como indiqué, aparecieron asimismo en la mencionada *Antología* de Mariano Baquero, edición por la cual citaré siempre en la presente ocasión.

No deja de resultar enormemente significativa esa singular apostilla “Estampa”, que aparece tras el título del primero, “Al colegio”. La misma parece precisar la naturaleza de dicho texto, dentro de una especial forma cuentística con claras conexiones por otra parte, con un ámbito propiamente pictórico. Tras el título “Estampa” uno puede imaginar inmediatamente que se tratará más que de una historia compleja, de una breve escena caracterizada probablemente por su concentración espacio temporal. Algo por lo demás, a lo que en general ese nuevo cuento literario nos tiene acostumbrados.

Laforet

Como el propio Baquero Goyanes expone en la introducción a dicha selección, frente al cuento tradicional, el nuevo cuento literario se caracterizará en muchas ocasiones por tal reducción; significativa y relevante en el caso del cuento decimonónico, y aparentemente anodina y cotidiana en el cuento ya del XX. Por lo demás dicho término puede ir también acompañado de ciertas connotaciones poéticas. "Estampa" parece por tanto, abrir desde el punto de vista genérico un concreto horizonte de expectativas al lector que en el presente caso desde luego, se cumplen.

Este tipo concreto de relato –al que en ocasiones es difícil dar tal nombre, por la ausencia casi total de argumento–, se dio ya en la obra cuentística de escritores anteriores a Laforet como Baroja, Miró o Azorín. Precisamente con este último comparte la estampa de Laforet el manejo del presente narrativo, al que tan aficionado fue Martínez Ruiz.

Caracterizada por la reducción del espacio y tiempo, desde un impreciso presente un *yo* narrativo –quizá la voz más habitual en la cuentística más reciente–, se presenta en un momento determinado de su vida: ese recorrido hasta el colegio de su hija, en el primer día de clase de ésta. En tales circunstancias y a tenor de la mencionada intensidad lírica, que de alguna forma va asociada a la brevedad de este tipo de relato, las pinceladas espaciales si apenas son rápidamente sugeridas. El ambiente aparece pues, más que descrito, insinuado, de manera que con esas certeras anotaciones sobre una húmeda y fresca mañana a horas bastante tempranas, y esa nota sostenida también al final sobre la caída de las hojas de los árboles, Laforet consigue magistralmente situar a sus personajes más que en un espacio definido, en una atmósfera que pese a su lacónica descripción impregna de forma especial todo el texto.

En un principio por otro lado, y en lo que concierne a la temporalidad, el uso del presente narrativo diferencia el texto de Laforet de tantos cuentos dependientes de un *yo* narrativo que desde su madurez, evoca aspectos determinados de su pasado. Recordemos relatos cortos de García Pavón, o de Medardo Fraile como "Jugar con fuego" o "El banco". Con todo, ese efecto de instantaneidad producido por tal tiempo verbal, se ve interrumpido por lo que suponen evocaciones del pasado. En un primer momento reciente y después, de mucho más amplio alcance. Así y a propósito de su tentación por coger un taxi que las conduzca al colegio, la narradora evoca otros tantos momentos del pasado próximo en que saliendo con su hija, acababa sacrificando su intención de pasear por el parque para coger precipitadamente tal medio de transporte.

Una vez sentada dentro, se me desvanece siempre aquella perspectiva de pájaros y flores y lecciones de la buena Juanita, y doy la dirección de casa de las abuelitas, un lugar concreto donde sé que todos seremos felices (p.149b)

Enfocado desde el inicio y fin tal relato por el punto de vista único de la narradora, son en definitiva sus íntimas reflexiones lo que configuran la presente estampa. Hasta tal punto todo aparece dominado por el sentir íntimo de quien narra, que si apenas encontramos algunas expresiones orales en estilo directo que apuntan hacia un posible diálogo que sin embargo, no llega a producirse. Un punto de vista que interpreta no obstante, el sentir también interior del otro



personaje, de manera que casi como si tuviera poderes demiúrgicos, deduce las reacciones y pensamientos de su hija. Así al apretar la pequeña mano de la niña comenta: "Sabe perfectamente la importancia de este apretón, sabe que yo estoy con ella" (p.149a). Para seguir más adelante interpretando los sentimientos de ésta: "Sé por este contacto de su mano que le late el corazón al saber que empieza su vida de trabajo en la tierra, y sé que el colegio que le he buscado le gustará, porque me gusta a mí, y que aunque está tan lejos le parecerá bien" (pp.149b-150a). Incluso nos encontramos con un significativo instante en que las percepciones de hija y madre se presentan fundidas: "Con los mismos ojos, ella y yo miramos el jardín del colegio" (p.150a). Tan íntimo extremo de compenetración se ve sin embargo, finalmente atenuado cuando la narradora dejando nuevamente libre su mente para interpretar cómo serán las emociones y experiencias de su hija, dentro de ese colegio al que ya la ve entrar, comenta: "Y todo esto quizá sea falso" (150a). Unas últimas reflexiones que concluyen la estampa con la imagen de la pequeña desapareciendo de su vista, y que abren una brecha final en el tiempo presente esta vez de mayor alcance. Pues toda la emoción, todas las intuiciones volcadas en torno a los sentimientos de la niña, toda la excitación comprimida durante ese desplazamiento hacia dicho lugar que constituye en definitiva, el tema de la estampa, se justifican precisamente por esa última retrospección con que concluye el texto. Al dar así la espalda al colegio, meditará la narradora:

Pero yo quisiera que alguien me explicara por qué cuando me voy alejando por la acera, manchada del sol y niebla, y siento la campana del colegio llamando a clase, por qué, digo esa expectación anhelante, esa alegría, porque me imagino el aula y la ventana, y un pupitre mío pequeño, donde veo el jardín, y hasta veo clara, emocionadamente dibujada en la pizarra con tiza amarilla, una A grande, que es la primera letra que yo voy a aprender...(150a).

Si el presente narrativo ha ido pues, trazando esa situación de realidad instantánea, vivida con intensidad en cada uno de sus momentos, ahora de forma imprevista la narradora nos introduce en su pasado, en un momento decisivo para ella del mismo: su primer día de clase en el colegio. Una escena evocada en la que no obstante, el mismo manejo del presente permanece inalterable creando pues, también en ella, esa misma impresión de inmediatez. Es más la fusión de la narradora con esos momentos de su vida parecer ser tan profunda e intensa, que el texto concluye ya no en presente, sino en futuro: "yo voy a aprender".

La estampa por consiguiente, se perfila como una bellísima evocación de un pasado lejano, singularmente rescatado y fundido a través de la proyección en su hija, en el presente inmediato. Un lírico y concentrado texto en el que como he intentado mostrar, a través de certeras pinceladas –las que son características de los buenos cuentistas–, la autora ha sabido recobrar y plasmar unos momentos aparentemente prosaicos y cotidianos de su existencia, que cobran no obstante, ahora un nuevo sentido, al ser revividos a través de la hija.

Bastante distinto pese a los paralelismos que puedan trazarse entre ambos, se muestra "Rosamunda". Como "Al colegio" también éste es un cuento caracterizado por la concentración espacio-temporal, pero en su configuración Laforet demuestra su capacidad para crear textos bien diferenciados. Así y aun cuando en principio parece que la autora elige un momento aparentemente poco relevante en la vida de su protagonista –un viaje en tren de ésta–, tal impresión desaparece al constituirse el cuento como una larga retrospectiva de lo que ha sido su existencia, dentro de la cual, además, el presente instante sí es significativo.

Frente al anterior, el relato no se desenvuelve a través exclusivamente del punto de mira del personaje quien desde su situación presente evoca todo su pasado. Conforme a los límites y naturaleza propios del cuento, tal retrospectiva necesariamente debe condensarse y adaptarse a las exigencias del género. Buena concedora y artífice del mismo, Laforet sabe plantear perfectamente su relato de manera que el principio de la extensión –y recordemos tan sólo como emblemáticas, las largas retrospectivas de Ana Ozores y Fermín de Pas en una novela de las dimensiones de *La Regenta* –, es sustituido aquí por el de la intensidad. Una evocación que por lo demás, no se constituye en sí misma como el objetivo único de la historia.

Con breves pinceladas de nuevo, respecto al entorno y escenario de la misma, Laforet nos presenta a su protagonista en un compartimento de tren, del que tras despertarse al amanecer, sale, para a través de una ventana del pasillo, contemplar el paisaje que la envuelve. Una comprimida descripción paisajística que resulta por lo demás, totalmente funcional y

pertinente pues es el punto de partida para el recuerdo de unos versos compuestos por ella. Unos versos sobre el mar y los naranjos que le sirven de pie para entablar conversación con un "soldadillo" que encuentra junto a ella. Es precisamente el diálogo o más bien el monodialogo, entre esta madura mujer –y sabemos esto por esa leve anotación apuntada por la narradora de su "cuello marchito"– y este segundo personaje, lo que constituye el motivo del relato. De tal forma que si en la estampa anterior los lectores nos situamos en todo instante en la conciencia del personaje, aquí se nos presenta su lenguaje, marcado por un tono coloquial que manifiesta, como señalé, la habilidad de la escritora también al pulsar este otro registro.

Sin embargo, y pese a que se nos ofrezca el discurso en estilo directo de tal personaje a un bastante atónito y silencioso oyente, no por ello la narradora adopta un punto de mira distanciado respecto al mismo, ateniéndose sólo a la transcripción de sus palabras. Realmente el gran logro del cuento reside en el mantenido equilibrio entre lo que Rosamunda dice y lo que piensa, estableciéndose un continuo ir y venir entre el estilo directo y ese otro estilo indirecto libre a través del cual la narradora reproduce la interioridad de ésta. Y junto a ello, y pese a los mencionados límites impuestos por este género literario, los lectores también asistimos a un desplazamiento de puntos de vista, de forma que no sólo sabemos cómo ve Rosamunda a este innominado joven al que hace su confidente, sino también cómo la ve él. Y así mientras ella lo contempla con profunda simpatía por recordarle a un hijo muerto, él la juzga por su aspecto externo, realmente llamativo y extravagante.

El muchacho estaba asombrado. Veía a una mujer ya mayor, flaca, con profundas ojeras. El cabello oxigenado, el traje de color verde, muy viejo. Los pies calzados de unas viejas zapatillas de baile,... sí, unas asombrosas zapatillas de baile, color de plata, y en el pelo una cinta plateada también, atada con un lacito (p.150b).

Una descripción que conforme al principio de economía del género, es realmente la única que se nos ofrece en el texto, sobre la protagonista.

Articulada la historia en ese doble plano apuntado, desde un primer momento la narradora muestra a través de un pequeño detalle la inmensa capacidad de su protagonista para transformar la prosaica realidad de su entorno, y conseguir una visión idealizada de sí misma. Al referirse la narradora a sus movimientos al salir con precaución del compartimento, para no despertar a los que dormían, precisa: «con pasos de hada» - pensó» (p.150a). El choque entre lo que se presenta en su realidad, y la transfiguración que de la misma hace Rosamunda adquiere además, efectiva rotundidad al configurarse el relato no como la mera sucesión de pensamientos íntimos del personaje, como en el cuento anterior, sino como el encuentro entre dos viajeros, en el que ella resume al otro lo que ha sido su vida. Un receptor especialmente idóneo para acentuar aún más, la patética y lastimosa situación de la protagonista. –Muy distinto resultado se habría producido con la elección de una oyente por ejemplo, de su sexo y edad–.

Tras aclarar el motivo del porqué ha decidido contarle su vida, comienza a hablar de sí misma presentándose con

el nombre de Rosamunda. Es entonces cuando se inicia ese movimiento de péndulo que marca en todo momento el contraste entre la realidad y la ficción, al introducirnos la narradora dentro de su pensamiento y asegurar que su nombre verdadero era Felisa. Un nombre que aborrecía y que ignora, para elegir este otro: "Aquel Rosamunda se había convertido en la fórmula mágica que la salvaba de la estrechez de su casa, de la monotonía de sus horas" (p.151a). Un nombre además, que como en la inmortal obra cervantina, es elegido y erigido como título, frente al real.

De tal forma continúa la relación de su vida a su asombrado oyente, cuyas reacciones presentará también de cuando en cuando, la narradora. A través de dicha narración los lectores desde nuestra privilegiada atalaya recorreremos los principales hitos de su vida, con ese matrimonio con un carnicero –cuya profesión es omitida en su discurso oral–; un hombre que no la comprende y que intenta reprimir sus ansias ideales y borrar esa fama que el lector sabe no obstante, nunca consiguió. En ese trastocado y adulterado relato, Rosamunda además introduce significativas omisiones de forma que de sus tres hijos sólo le habla del que murió, y a quien como la singularmente enajenada madre de la Tristana galdosiana, bautizó con un nombre de tan marcadas connotaciones literarias, como Florisel. En el mismo tono encumbrado e idealista proseguirá la marchita mujer la historia de su vida, hasta llegar a ese presente reciente en el que según le cuenta al soldado, ha decidido abandonar su actual existencia de fama y gloria para volver al hogar. Será al concluir su historia, cuando en significativa coda la narradora aluda a los olvidos de Rosamunda, al querer borrar de su mente las duras penalidades sufridas durante todo el tiempo en el que en su búsqueda inútil de la gloria, había tenido que malvivir en la gran ciudad. La carta de su marido pidiéndole que regrese resulta así, el único medio de escape para salir de la terrible situación en la que se encuentra. Una solución que no obstante, la sume en la más honda tristeza.

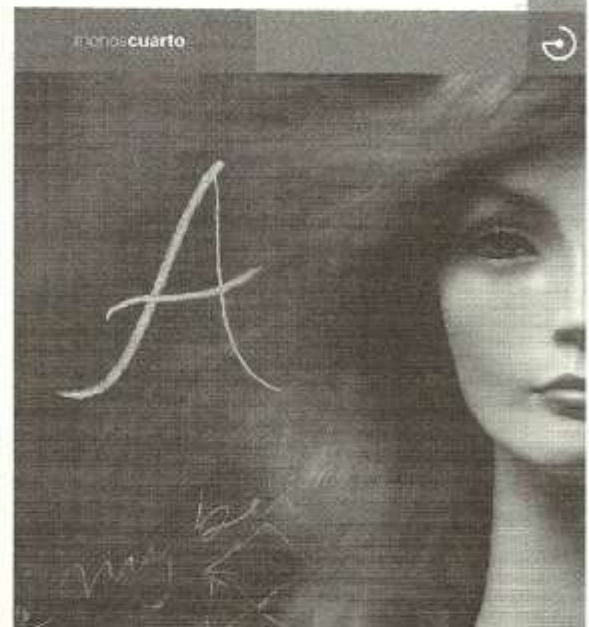
Enfocada desde tales planteamientos la patética vida de esta Rosamunda, podemos concluir que el relato de Laforet viene a ser una comprimida variante –si se quiere incluso en tono menor–, del eterno conflicto quijotesco entre la realidad y la ficción. Un choque que aunque más visible en el género novelesco –y recordemos títulos como *Madame Bovary* o la mencionada obra de Alas–, también puede percibirse en los condensados límites del cuento. A tal respecto, podríamos

Carmen Laforet

Carta a don Juan

CUENTOS COMPLETOS

PRÓLOGO DE CARMEN RIERA



recordar títulos de relatos breves del propio "Clarín", como "Las dos cajas" o "Doña Berta", o un cuento como "El cansancio de Rosabel" de una de las más representativas escritoras en lengua inglesa, cultivadoras del género, como K. Mansfield. Allí la autora nos presenta una reducida escena de un momento cualquiera de la vida de una pobre muchacha, dependiente de una tienda, en la que se produce tal marcada confrontación entre lo que es y lo que desearía ser.

En el presente texto de Laforet la nota final de melancolía que se advertía en el cuento de Mansfield, adquiere tintes más intensos pues quien anhela otra forma de vida es una mujer ya marchita y gastada por los años, sin posibilidad alguna de cambio. Una patética y enloquecida mujer según la perspectiva del soldado cuyo punto de vista viene a concluir el relato. Y así si a lo largo de todo el cuento los lectores hemos asistido al despliegue de esa historia inventada por Rosamunda a través de la cual ha intentado olvidar y borrar su desgraciada existencia, una nueva historia también falsa parece abrirse ahora. Escribe la narradora: "En la mente del soldadito empezaba a insinuarse una divertida historia. ¿Y si contara a sus amigos que había encontrado en el tren a una mujer estupenda y que...?" (p.152b). Las agradecidas palabras de Rosamunda aceptando encantada la invitación del joven, marcan por tanto en las últimas líneas del relato un fuerte contraste, provocando además ese final abierto al que los cuentistas del XX, frente a sus predecesores, fueron tan aficionados. Un final cargado pues, de sugerencias y que viene a concluir un relato en el que pese a su breve extensión, la autora ha sabido crear un complejo entramado. Pues a lo largo del mismo como hemos tenido ocasión de comprobar, se suceden y solapan esas historias reales y esas otras historias inventadas de muy distinta tonalidad además. De tal forma que si los lectores hemos conocido la versión real y la versión ideal de la triste y patética Felisa-Rosamunda, muy diferente resultado producirá la confrontación entre esa historia falseada que el soldadito ha escuchado, y esa nueva "divertida" versión que contará a sus amigos, y que al lector sólo le cabe imaginar. Una versión doblemente falseada que desde luego, manifestaría la desafortunada elección de esta pobre Rosamunda al hacer de tal personaje el confidente de sus cuitas. De la actitud del mismo debe discrepar sin embargo, ese conmovido y comprensivo lector poseedor gracias a los privilegios de la ficción literaria, de todas las claves de la historia. Una historia cuya finalidad no cabe duda, no residía en divertirle.

En definitiva en "Rosamunda" puede percibirse la mano de una lúcida e inteligente cuentista, capaz de perfilar en los comprimidos límites de un relato, ya no la existencia completa de un personaje complejo, sino la diluida pero a la vez firme impresión de toda una vida truncada. Y así a través de precisas pinceladas y creando las condiciones y ambiente adecuados, la autora sin emitir además ningún juicio personal de valor, consigue que al final el lector, frente al insensible interlocutor creado en la ficción, experimente por su protagonista una profunda sensación de piedad.